
Apuntes varios, 1

Compilados por Jean Meyer

Pierre Bergounioux publicó su primera novela, *Catherine*, en 1984; autor de *B-17 G*, *La Mue* y *La mort de Brune*, considera que la literatura es la hermana chica de la historia y que el escritor cuida los “detalles” que el historiador forzosamente deja a un lado. Entrevistado por Patrick Kechichian, declara:

Es un solo y mismo discurso difractado. La historia que avanza con grandes zancadas no puede bajar al detalle exquisito, irremplazable, luminoso, infinitamente precioso del cual la literatura se nutre... La orgullosa filosofía levanta su mirada altiva hacia el lejano cielo de las ideas. El historiador, desde Braudel y su larga duración, amasa los destinos por millares, por millones y el tiempo por siglos... amplios periodos que escapan a nuestra conciencia. Hay que cansar cerros de archivos antes de tener una idea de los enormes procesos frente a los cuales nuestra vida no es nada.

Pienso que la literatura es aquel discurso en extremo preciso que intenta, con la sensibilidad del sismógrafo, registrar el curso de lo que habrá sido nuestra vida. Pero a mis ojos no vale una hora de pena si no se acuerda de que es la hermana chica de la historia, de alguna manera. Somos de par en par criaturas históricas y el más ínfimo movimiento que hace sobresaltar nuestro corazón, el último de los pensamientos que atraviesa nuestro cerebro remite en última instancia a la historia universal. Soy hombre no sólo en el sentido abstracto, sino en la medida que cada uno de mis gestos, de mis pensamientos, de las palabras que emito releva no sólo de la historia de este país (Francia), de Europa occidental, sino de todo lo que la humanidad cumple desde que hay hombres.

(*Le Monde*, viernes 3 de marzo de 2006: 12)

El autor colombiano Hugo Chaparro dice que la guerra cristera (México, 1926-1929 y 1932-1939) inspira su literatura, su novela *No me okvides cuando mueras* (Mondadori, 2007). Conoció la Cristiada vía Juan Rulfo, luego se volvió su pasión cuando leyó *Rescoldo* de Antonio Estrada, quien le desveló la ansiedad de los seres humanos por defender su fe y su vida. “La guerra cristera me persiguió durante muchos años, me comenzó a fascinar vía Juan Rulfo y el cine, también vía Jean Meyer, el historiador”. (*El Universal*, 28 de diciembre de 2007: 21)

Don DeLillo, entrevistado por Antonio Muñoz Molina, publicó *Falling Man*, editado en España por Seix Barral bajo el título *El hombre del salto*, e inspirado por la tragedia de las Torres Gemelas en Nueva York aquel 11 de septiembre de 2001. Antonio Muñoz Molina le pregunta por qué precisamente una novela, por qué no una crónica, un libro de no ficción. “Quizás DeLillo se da cuenta de que he leído la reseña de O’Hagan, donde se dice que no hay relato más novelesco sobre el 11 de septiembre que el informe oficial de la comisión investigadora.”

¿No dicen que el periodismo es el primer borrador de la historia? Mi opinión es que la novela puede ser el borrador último, la versión definitiva. Lo cual no significa que sea más verdadera o más permanente que el trabajo de los historiadores. Lo que significa es que la ficción puede internarse en lo desconocido, puede seguir el impacto de los hechos históricos en la vida íntima de las personas y crear un lenguaje para expresar esa vida que muchas veces es un lenguaje de pérdida y dolor (...). Es lo que una novela puede hacer con respeto a un hecho como el 11 de septiembre y es lo que no es accesible ni para el historiador, ni para el periodista.

(*El País*, domingo 9 de septiembre de 2007: 27-28)

E.L.Doctorow, el gran fabulador de la historia, publicó un ensayo en *The Atlantic Monthly* (*Fiction Issue*, 2006) que fue traducido en *Confabulario*, tristemente desaparecido suplemento cultural de *El Universal*, el sábado 10 de febrero de 2007. El autor de *La gran marcha*, su novela más reciente sobre la “marcha infernal” del general Sherman a través de Georgia, durante la guerra de Secesión, escribe:

Desde una perspectiva histórica, hubo algo así como una guerra de Troya. De hecho tal vez haya habido varias guerras de Troya. Pero la guerra sobre la cual escribió Homero es la que nos fascina porque es ficción (...). ¿Quién cambiaría la *Ilíada* por el registro histórico?

En Inglaterra, una tal Sociedad Ricardo III (y su correspondiente sucursal en Estados Unidos) quiere restaurar la fama del hombre cuyo nombre los agrupa del perjuicio que le infligieron las calumnias de la pieza de William Shakespeare. Shakespeare elaboró su retrato de un contrahecho monarca asesino en serie a partir de la crónica de Rápale Holinshed, quien por su parte la escribió bajo la influencia de sir Thomas More, un propagandista de los Tudor entre otras cosas, Tudor que pusieron fin a la dinastía Plantagenet y al propio Ricardo en la batalla de Bosworth Field en 1485 (...). La visión shakespeareana de su vida ofrece una verdad más importante para la autorreflexión de toda la humanidad de la que ningún conjunto de hechos puede producir.

Durante los últimos treinta años numerosos escritores se han internado en el terreno de la historia. Debemos dejarles el porqué a los académicos de la literatura. Pero las décadas anteriores han asistido a una especie de deslinde del territorio de la ficción, en tanto que los medios, las ciencias sociales y el periodismo se han mudado a su espacio.

John Steinbeck trabajó años en un proyecto que no pudo terminar y que nos valió la publicación años después de su muerte de un maravilloso libro que podemos leer en español, *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros* (Edhasa, 1979 y 2007).

Incluye en apéndice un puñado de cartas que Steinbeck mandó a su editor y a su agente literario. Reflejan su pelea con el texto, sus dudas, su emoción cuando se sentía en el buen camino, la incomprensión absoluta de unos interlocutores que le dieron el hachazo al borrador de lo que iba a ser una primera parte. La obra es una reescritura de los mitos arturianos; según Rosa Montero “aunque irregular como todo borrador y, sobre todo, abruptamente cortado, es una joya, un libro hipnótico que te transporta a un mundo fabuloso que es a la vez muy nuevo y muy antiguo”. (*El País*, *Babelia*, 26 de enero de 2008: 14)

Anne-Marie Garat acaba de publicar su libro número catorce, *Dans la main du diable*, que liga, aun más fuertemente que en sus novelas anteriores, destinos individuales e Historia colectiva, en este caso la del año de todos los peligros: 1913. Declara a *Le Monde*, el viernes 16 de mayo de 2006 que:

Si he orquestado las cosas así es porque pienso que la Historia y la historia individual poseen una misma naturaleza. Creo que vivimos en esta dimensión de ser histórico, heredero de Historia. Es algo como la culminación de mi trabajo cuando inscribo a mis personajes en una problemática de Historia. Sin embargo no es una novela histórica, sino una novela de Historia, una novela de hoy, con esa pregunta que me planteo y que nos planteamos todos: ¿De qué historia estamos hechos? (...) Imposible prescindir de la novela puesto que tiene esa función decisiva de ser la imaginación de la Historia. Es un lugar de espejismo, reflexión en el sentido fotográfico, por el imaginario. La ficción no es lo contrario de la realidad, es la manera cómo se organiza, se forma nuestro verdadero pensamiento de la Historia que opera en la novela. (...) Es tiempo ya de que los historiadores se interesen por la novela, como empiezan a hacerlo con la fotografía, estudiada ya no sólo como documento sino como un factor de historia, lenguaje de la historia. Para mí la gran función de la novela es la de ser un observatorio y un laboratorio de la historia. Algo que no ignoraban Balzac, Hugo, Zola, pero que nuestra producción contemporánea algo abandonó. Con la excepción de los anglosajones.

Günter Grass, al recibir el premio Príncipe de Asturias el viernes 22 de octubre de 1999, pronunció un discurso intitulado “Literatura e Historia”:

Desde que la escritura se convirtió para mí en proceso consciente, la Historia, sobre todo la alemana, se me ha interpuesto. No había manera de esquivarla (...). Desde mi primera novela, *El tambor de hojalata*, hasta el último hijo de mi capricho, yo he sido su rebelde servidor. La destrucción y pérdida de Danzig, mi ciudad natal, liberaron una masa épica que, sin duda, estaba enturbiada hasta en sus últimos detalles narrativos por un ambiente pequeñoburgués y un aire católicamente viciado, pero sin cesar, la Historia se expresaba, al principio en partes de victoria y luego, a media voz, en retiradas reconocidas. Continuamente la Historia fijaba retumbante sus fechas. Y sólo gracias a la astucia litera-

ría era posible enfrentarse a sus dictados con un contratexto; aquí acelerando el tiempo, allá dilatando su duración, o mediante la aproximación de acontecimientos simultáneos, el cambio de perspectivas y un ostensible pelar cebollas. (...) Y cuando, finalmente, el gremio de los historiadores, cansados de pelearse por notas de pie de página, se extravía en la incertidumbre de la post-Historia, la Literatura se cotiza mucho.

(*El País*, 23 de octubre de 1999: 24)

Babelia|*El País* dedicó su número 836 a “Pérez-Reverte viaja al Dos de Mayo” (12 de enero de 2007). Arturo Pérez Reverte publicaba entonces *Un día de cólera* sobre el motín madrileño contra las tropas de Napoleón. En su entrevista dice:

El Dos de Mayo es algo muy contaminado y manipulado por todo el mundo durante doscientos años. He querido despojarlo de todo eso, mostrarlo como fue, con información de primera mano –he consultado una cantidad ingente de documentación– y hacer que el lector lo viva, por primera vez, en la calle. Que entienda como fue, que se sienta un participante, que pase miedo, que corra, que sude. Es un libro basado en testimonios, absolutamente riguroso. Es novela sólo en la medida en que he llenado los agujeros que deja la documentación usando técnicas de narrador, poniendo la argamasa que une los datos. Pero empleo un lenguaje directo, objetivo, frío, sin adjetivos, un tono documental. Aquí no hay héroes, ni heroísmo, ni épica.

Patrick Rambaud, autor de una trilogía sobre el final del imperio napoleónico cuya primera novela *La Bataille* (1997, en español 1998) ganó el premio Goncourt, incluyó en su tercera entrega *L’Absent* (2003), una auto entrevista señalada en *Nexos* (mayo de 2008: 90):

–¿Otra novela histórica?

–No.

–¿Cómo que no?

–Yo no escribo novelas históricas.

–¿Se está usted burlando de mí?

–Para nada.

–Pues vaya, la novela la tengo frente a mis ojos. ¿Usted nos lleva a recorrer el año 1814 o me equivoco?

–Se equivoca en la definición de novela histórica.

–¡Pero vaya!

–Ese término, fácilmente reduccionista, incluso despreciativo, designa a esas novelas de aventuras que nos cuentan historias eternas de amor y venganza, colocándolas en un decorado exótico. El gañán adquiere de pronto título de nobleza cuando se le disfraza de salteador de caminos medieval, prestándole color a un relato banal. Se trata de maquillar y vestir una cantaleta que se ha contado mil veces. En lo personal no le hallo ningún interés.

–Déme un ejemplo, por favor.

–Tome *Romeo y Julieta*. Shakespeare sitúa su drama histórico en Verona y en el Renacimiento porque quiere estar cerca del cuento italiano en el que se inspira, escrito por Matteo Bandello en el siglo XVI. Bandello toma la historia de Luigi Da Porto. Los amores contrariados por los padres ya no eran un tema novedoso. Se le encuentra en Ovidio con las desdichas de Píramo y Tisbe. En este caso la época no tiene ninguna importancia. Ponga a Romeo y Julieta en el Nueva York de los años sesenta y obtiene *Amor sin barreras*.

–De acuerdo, pero de todas formas sus novelas son históricas.

–Porque la Historia no es el decorado, sino el tema.

Boualem Sansal, escritor argelino, en su quinta novela, *Le village de l'Allemand ou le journal des frères Schiller* (París, Gallimard, 2007), la emprende contra los silencios de la historia oficial de su país y el ocultamiento del genocidio perpetrado por los nazis contra judíos y gitanos. Fue inspirado por un hecho real, la presencia de “el alemán” en un pueblito argelino; era un antiguo nazi, refugiado en Egipto. Los servicios secretos de Naser lo mandaron a Argelia como experto al lado del Ejército de Liberación Nacional en lucha contra los franceses.

Al principio trabajé como narrador pero, muy pronto, me di cuenta que no funcionaba. Tomaba el camino de la novela histórica, era demasiado factual y eso no lo quería. Tenía que ir hasta el final de mis preguntas, por eso le di dos hijos al alemán. Pero no podían quedarse en Argelia puesto que el episodio nazi no les hubiera dicho nada y no hubieran ido muy lejos en su cuestionamiento... Imaginé que su padre los mandaba a Francia para

estudiar, en una situación de libertad, para que se interrogaran de verdad. Algo que hacen por cierto, o sueñan con hacer, muchos padres argelinos.

Un hermano se suicida en Francia, a los dos años; el otro recibe su diario y descubre el drama que provocó tal muerte, y se hunde después en el descubrimiento, a través de los papeles del padre, de “la solución final”. El autor dice que:

El camino será largo hasta que mi novela llegue a sus destinatarios, los jóvenes argelinos. Dentro de diez o quince años, quizá, tendrá sus efectos. Así necesitaré yo también mucho tiempo para salir de esa novela, si es que alguna vez se puede salir de ella. ❧

(Entrevistado por Christine Rousseau
en *Le Monde* el viernes 18 de enero de 2008).